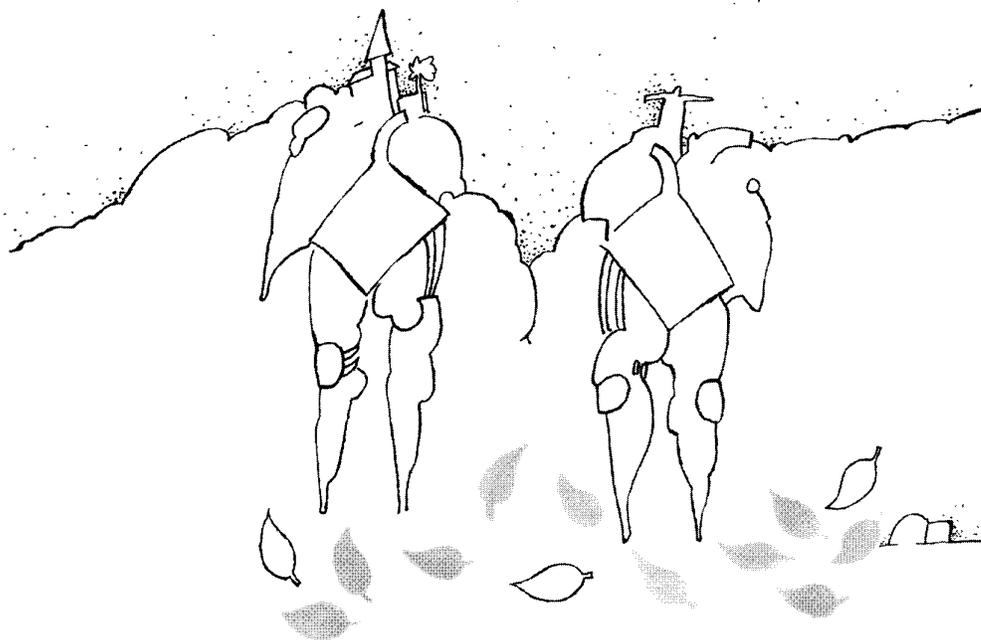


# Bogotá y sus habitantes: una construcción desde imaginarios y representaciones de distintos colectivos

Leonor Callejas M.\*  
Consuelo Mariño S.\*\*  
Deyanira Rivera R.\*\*\*



*Palabras clave:*  
Unidad y diversidad,  
homogéneo y heterogéneo,  
cultura, sincretismo  
cultural, hibridación.

Recibido: 15-02-2001  
Aceptado: 23-08-2001

\* Leonor Callejas M.  
Antropóloga de la  
Universidad de los Andes  
(q.e.p.d.).

\*\* Consuelo Mariño S.  
Antropóloga de la  
Universidad Nacional.  
Cursa estudios de Magister  
en Psicología Comunitaria  
en la Pontificia Universidad  
Javeriana.

\*\*\* Deyanira Rivera R.  
Antropóloga de la  
Universidad de los Andes.  
Especialista en Salud  
Familiar y Comunitaria de  
la Universidad El Bosque.

## RESUMEN

Este artículo presenta de manera general las formas de apropiación y construcción de la ciudad y de los sujetos urbanos a partir del acervo cultural de las regiones de la Costa Atlántica, El Altiplano Cundiboyacense y las regiones cálidas de Cundinamarca y Boyacá, comparándolas con grupos de nativos bogotanos.

Desarrolla un análisis desde el conocimiento de quiénes somos a través del abordaje de la construcción-reconstrucción de la ciudad, manifestada en la apropiación de lo urbano, en la posibilidad de una identidad urbana/bogotana en la doble vía de aportes y de asunción de elementos, identidad hoy muy discutida.

Con un análisis de las implicaciones que tienen las representaciones tanto sobre ciudad como sobre las regiones, para la construcción de la misma para la construcción del sujeto habitante de Bogotá; y de otra, de la diferenciación de estas representaciones dependiendo de los grupos regionales así como de sus condiciones sociales.

## ABSTRACT

This paper presents and compares different ways in which urban and native people in some Colombian regions (Costa Atlántica, altiplano Cundiboyacense, warm regions in Cundinamarca and Boyacá and the Sabana de Bogotá) build and adapt themselves to the city.

Going out from the knowledge about who we are (by means of building and re-building the city) an analysis is developed. It takes into consideration some ways of making the city suitable to peoples' needs concerning the development of their own identity. Such a process implies different forms in which people assimilate elements and values from their environment and contribute with other ones to developing an own identity.

This study analyses, also, the influence of subjective representations on the building process of cities and regions. Besides, it points out different kinds of subjective representations depending on regional groups as well as on their social conditions.

## Presentación

El presente artículo “Bogotá y sus habitantes: una construcción desde imaginarios y representaciones de distintos colectivos”, se produce como resultado de un trabajo de investigación realizado entre el final de 1997 y mitad de 1998, a partir de la convocatoria promulgada por la Alcaldía Mayor de Bogotá dentro de los programas desarrollados por el Observatorio de Cultura Urbana del Instituto Distrital de Cultura y Turismo, durante el mandato de los alcaldes Antanas Mockus y Paul Bromberg.

La Fundación IATRIKÉ presentó su propuesta y fue escogida para realizar la investigación sobre “La construcción de la ciudad a partir de la dinámica regional-urbana: representaciones e imaginarios”.

El artículo que presentamos a consideración reúne de manera general la perspectiva teórica desde la que se desarrolló la investigación, lo cual sin duda implica la perspectiva metodológica, y las interpretaciones que a partir de ella y de la información recogida pudieron elaborar las autoras. Lo anterior significa que no es posible establecer un límite entre las interpretaciones teóricas y la información. Ésta de hecho es ya una interpretación y como cualquier otra sometida a cuestionamientos, juicios y otras miradas. La información por tanto se presenta dentro de la interpretación misma; otra forma de hacerlo sería aquí imposible.

El trabajo fue realizado por tres antropólogas de la Fundación: Leonor Callejas, Consuelo Mariño y Deyanira Rivera, la primera hoy fallecida.

BOGOTÁ Y SUS HABITANTES

Por el interés que Leonor Callejas mostró siempre en las distintas problemáticas de la ciudad tanto a nivel intelectual como en la resolución práctica de los mismos, queremos hacer pública una pequeña muestra de su esfuerzo permanente por la comprensión de los problemas que aquejan a los más deprimidos, a través de este artículo y de nuestro agradecimiento por habernos permitido compartir algunos trabajos en donde obtuvimos aportes teóricos importantes y contamos con su generosa amistad.

Las autoras

## Introducción

El estudio de la cultura urbana en América Latina ha sido fructífero en los últimos años aportando nuevas maneras de ver la cultura latinoamericana y los procesos de conformación de sus ciudades, especialmente a través de los procesos de globalización. En Colombia, sin embargo, estos estudios apenas comienzan. Existen diagnósticos sobre temas puntuales o investigaciones sobre comunidades en centros urbanos, muchos de ellos en un contexto antropológico, pero siguiendo a García Canclini (1998) son investigaciones hechas por la antropología en la ciudad y no de la ciudad.

El propósito de este trabajo giró en torno a las formas de apropiación de la ciudad por parte de las personas provenientes de las regiones de la Costa Atlántica, el Altiplano Cundiboyacense y las regiones cálidas de Cundinamarca y Boyacá, partiendo de su acervo cultural, comparándolas con grupos de nativos bogotanos.

*territorios 7*

Los grupos de personas, pertenecientes a los departamentos escogidos, tomados aquí más en un sentido de región, son arbitrarios en el sentido de que hubieran podido ser otros como los "paisas", "santandereanos", etc. Dentro de los objetivos planteados se decidió tomar grupos de "boyacenses" y "cundinamarqueses", de una parte, los cuales tienen características socioculturales parecidas en lo que se refiere a los provenientes del Altiplano Cundiboyacense, y el grupo de "costeños", que aunque proveniente de varios departamentos de la Costa Atlántica, también constituye un grupo significativo, y que a su vez es muy diferentes de los primeros y de los bogotanos. De los departamentos de Cundinamarca y Boyacá se tomaron además algunas personas de zonas templadas y calientes. Estas últimas pertenecen a regiones distintas a las mencionadas y comportan características propias de sus espacios regionales.

Trabajar con estos grupos ha dado la posibilidad de tener una información sobre una gran cantidad de personas que llegan a Bogotá, que son los de las zonas limítrofes de Cundinamarca y Boyacá (Silva, 1992, 105-Arturo, 1994, 25 y Mariño y Hernández 1992, 25) y compararlos con los "costeños" y con los bogotanos en sus diferencias.

Este propósito requirió, de una parte, del análisis de las implicaciones que tienen las representaciones tanto sobre la ciudad como sobre las regiones, para la construcción de Bogotá y, de otra, de la diferenciación de estas representaciones dependiendo de los grupos regionales así como de las condiciones económico-sociales de las personas y de los subgrupos.

Se buscó un mejor conocimiento de quiénes somos a través del abordaje de la construcción-reconstrucción de la ciudad, manifestada en la apropiación de lo urbano, en la posibilidad de una identidad urbana/bogotana en la doble vía de aportes y de asunción de elementos, identidad hoy muy discutida.

La investigación planteada en términos antropológicos implicó la utilización de un método en el contexto de la antropología cultural y dentro de la misma el método etnográfico, siempre teniendo en cuenta los procesos de globalización que sirvieron de marco general para el análisis. La información fue recogida a través de distintos tipos de entrevistas, talleres, relatos y conversaciones informales con las personas contactadas y observación etnográfica, así como información bibliográfica.

Los objetivos que se persiguieron con el trabajo realizado partieron de la consideración de la ciudad como una unidad diversa y heterogénea, la cual implica que no existe una única manera de verla o pensarla. Las perspectivas teóricas desde las que se empieza a considerar son múltiples y distintas las aproximaciones para abordarla. El espacio para preguntas y discusiones está abierto y sujeto a los resultados que arrojen investigaciones que posteriormente permitan estructurar una teoría al respecto.

Las afirmaciones que aquí presentamos tienen un carácter general. Si bien es cierto que existen diferencias dependiendo de los grupos regionales, y por ello los tomamos, también lo es que profundizar en ellos en este momento nos llevaría de un lado a un traba-

jo más profundo en la cultura de cada grupo regional, y de otro perderíamos la perspectiva de la ciudad para entrar en la etnografía del grupo. Recurriríamos a estas diferencias cuando sean muy notorias o para ejemplificar. La gran conclusión, sin embargo, es que pueden establecerse generalizaciones a partir de lo que los diferentes grupos construyen en Bogotá y la manera como pueden construirse, en la medida en que como se planteará la ciudad es una unidad en la diversidad. De todas maneras el hecho de contar con poco espacio en este momento hace que se pierda el análisis de la información de los grupos en concreto, pero aparecen dentro de la unidad. Vale la pena anotar que los grupos que más se diferencian en Bogotá son los "costeños" y que aunque aprenden a vivir como habitantes de Bogotá con todo lo que esto significa, lo hacen desde una perspectiva muy propia.

### Un lente para leer la ciudad

Dos consideraciones conceptuales fueron centrales en el proceso de trabajo y ellas engloban otros conceptos. La primera de ellas se refiere a *la unidad y la diversidad de la ciudad*, lo cual implica su consideración como una realidad que se construye dentro de la tendencia a la homogeneidad, desde formas de vida, representaciones, imaginarios, en fin, culturas distintas, heterogéneas.

La segunda consideración amplia es la *cultura como un cuerpo simbólico*. Esta manera de entender la cultura junto a las consideraciones arriba planteadas se relacionan indiscutiblemente con el concepto de sincretismo e hibridación cultural.

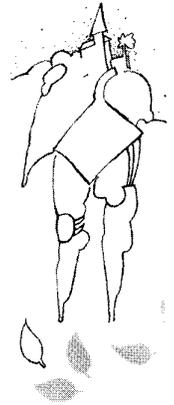
BOGOTÁ Y SUS HABITANTES

### *La ciudad: una unidad en la diversidad*

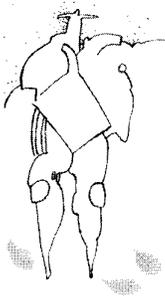
En un mundo dinamizado por el mercado, en donde el elemento fundamental de la economía es el capital financiero e informacional, los nuevos problemas que ello genera, así como las nuevas relaciones se concretan en la ciudad de hoy, esa ciudad globalizada con nuevas estructuras materiales y simbólicas y nuevas características en cuanto a la posibilidad de disposición, difusión y circulación de la información. El intento por comprender esta ciudad hace necesario analizar lo que la globalización, el mercado y el consumo tienen de cultura. El análisis antropológico es importante para tratar la diversidad y la multiculturalidad. Ser ciudadano no tiene que ver solamente con los derechos reconocidos por los aparatos estatales a quienes nacieron en un territorio, sino también con las prácticas sociales y culturales que dan sentido de pertenencia y que hacen sentir diferentes a quienes poseen la misma lengua y semejantes formas de organizarse y satisfacer necesidades (García Canclini, 1995, 24-27).

Entender la ciudad, hoy en día, implica interpretarla desde lo complejo, es decir, desde lo multicultural, híbrido y objeto de continuos sincretismos y contradicciones. Colombia es un país de regiones, cada una con características culturales y étnicas propias. En la capital de la República estas distintas culturas actualmente conviven, no solamente comparten la ciudad sino la misma cuadra e inclusive la misma casa (Gutiérrez, 1996, 319).

Esta situación implica la construcción de la ciudad a través de simbolizaciones (representaciones e imaginarios), relaciones socia-



territorios 7



territorios 7

70

les y formas productivas propias; es decir, cuerpos conceptuales y materiales construidos históricamente a través de los cuales, los sujetos, han enfrentado el mundo y la vida, en la región y desde la región en la ciudad.

- **La homogeneidad y la heterogeneidad**

Con lo anteriormente planteado es claro que la realidad de una ciudad, especialmente para el caso de Bogotá, no es homogénea y mucho menos simple.

La desterritorialización de la ciudad y el desdibujamiento de los límites entre lo externo y lo interno, entre lo público y lo privado, en el país, son válidos también para la ciudad, dados los procesos de migración y de globalización. Esta situación plantea una dinámica entre lo homogéneo y lo heterogéneo, una articulación entre los elementos internos y externos, entendidos para este caso como los elementos que llegan a Bogotá de distintas regiones del país así como de elementos que vienen del exterior. La ciudad no sólo recibe conocimientos y prácticas diversas, sino que los recontextualiza en la medida en que no sólo permite un acceso a información y bienes culturales, sino que además los selecciona y reestructura dotándolos de un sentido local, tal como lo plantea Antanas Mockus (1996, 383).

De igual manera sucede en los grupos locales; es obvio que los distintos sectores sociales no sienten la ciudad desde las mismas referencias materiales y simbólicas. La ciudad hoy virtual, propone nuevos y heterogéneos referentes identificatorios a una pre-

cariedad de los modos de arraigo o de pertenencia. De igual manera se produce una expansión de las estructuras del anonimato y nuevas formas de estar y de sentirse juntos. Todo lo anterior es respondido o asumido de manera distinta por los diferentes grupos y personas.

Dentro de este marco en la ciudad y más en la gran ciudad se presenta como importante el problema de la relación y las tensiones entre “el tercer mundo” y el “primero” que no sólo ha posibilitado y estimulado relaciones de paternalismo entre el débil y el fuerte en términos económicos, sino que plantean también el problema de la identidad, es decir, el problema de la cultura. “El tercer mundo” se debate por lo general entre lo que le es propio y lo que le es ajeno. El “primero” siempre ha tenido clara su identidad y se ha narrado desde sí mismo, aunque han existido intentos de llevar el “tercero” al “primero”.

La oposición entre el mundo marxista/ capitalista y los desarrollos de las teorías postmodernas han dado valor excepcional a la diferencia.

“Se puede pensar que ante el fracaso doctrinario de llevar lo tercero al primer mundo, como se supuso desde la concepción marxista, aparecen otras opciones, de autoafirmarse cada región cultural e iniciar así una reincorporación de sí misma, ahora por los canales de la cultura, concebida como la única fuente verdaderamente emancipadora. De este modo aparece una nueva contradicción: cual es que mientras el mundo se internacionaliza, al mismo tiempo se regionaliza e, incluso, se

L. CALLEJAS, C. MARIÑO, D. RIVERA

interioriza en cada comunidad” (Silva, 1992, 117).

Así, en la ciudad las heterogeneidades están en una permanente dinámica entre la diferenciación, la integración, la hibridación y el sincretismo.

Muchos de los actuales discursos teóricos y políticos plantean la necesidad de respetar la diferencia. Paradójicamente, sin embargo, se encuentra que a través de la información circulante, los medios de comunicación y las prácticas sociales mismas, lo que se da es la búsqueda de la homogeneidad en los hábitos, en los comportamientos, en la construcción de los imaginarios y en las representaciones de distinto orden.

La homogeneización de la vida por parte de la ciudad, más que por los medios de comunicación, impide la expresión y el crecimiento de las diferencias. Se pierde el arraigo colectivo y se va destruyendo el paisaje de familiaridad en el que pueda apoyarse la memoria colectiva (Martín-Barbero, 1991, 427-428). Entender la Ciudad como unidad en la diversidad, como la construcción dentro de los procesos globales que, sin embargo, recontextualizan los elementos culturales del mismo, así como los locales, y que como se ha visto tienen como eje central el consumo, implica considerar la ciudad como una construcción histórica permanente en la cual la región como parte del territorio se porta como elemento que no sólo implica un espacio, sino que más allá es un espacio simbólico.

Lo que hasta aquí se ha dicho es que la cultura es la que nos sirve como concepto fundamental que permite la comprensión de las

relaciones entre los distintos espacios y niveles de la vida cotidiana de la ciudad y de lo urbano.

### **La cultura: un cuerpo simbólico**

La conceptualización que plantea Geertz (1993) sobre la cultura nos parece afortunada para el caso que nos ocupa. Así tomamos su definición de cultura como: “un tejido de significados encarnados en símbolos y transmitidos históricamente, un sistema de concepciones heredadas expresadas de manera simbólica, por medio de las cuales los hombres se comunican y desarrollan su conocimiento sobre la vida y actitudes hacia ésta”. En el mismo sentido Spradley (1979, 5-7) dice que la cultura es: “el conocimiento adquirido que la gente utiliza para interpretar la experiencia y generar su comportamiento social”. Este concepto de cultura (como un sistema compartido de símbolos), de acuerdo con el Interaccionismo Simbólico, propone tres premisas sobre las que descansa su teoría. La primera plantea que los seres humanos actúan hacia las cosas con base en los significados que éstas tienen para ellos; la segunda, que el significado de estas cosas es un derivado o surge a partir de la interacción social que uno tiene con sus semejantes; que la cultura como un sistema compartido de significados es aprendida, revisada, mantenida y definida en el contexto de las personas interactuando; la tercera premisa propone que los significados son manejados dentro y modificados a través de un proceso interpretativo utilizado por la persona cuando maneja las cosas con que se encuentra.

Es dentro de las consideraciones anteriores como se entiende que la ciudad, como una totalidad, es también una ilusión respecto a la cultura y que la producción, consumo y uso de la misma son heterogéneos, obedeciendo a las historias particulares de los grupos sociales.

Dos conceptos son aquí importantes de tener en cuenta:

Lo que en varios autores ha sido denominado como *sincretismo cultural* se refiere a la conformación de una nueva estructura, distinta de la anterior, a partir de elementos que provienen de otras culturas y que juegan un papel diferente. Así, lo que comúnmente se llama rezagos culturales no puede ser entendido como la permanencia de elementos culturales de una estructura anterior, que no juegan en el presente ningún papel ni cumplen una función.

Junto a los conceptos y representaciones hegemónicas subsisten otros surgidos dentro de distintas realidades, las cuales obedecen a situaciones y medio ambiente específicos y aparecen entremezclados en los distintos grupos, dominando unos u otros según sea el caso. El concepto de sincretismo muestra cómo se comienza a desarrollar una nueva cultura (nuevas representaciones e imaginarios, es decir, una resignificación) en la que los diferentes elementos tienen un sentido dentro de la misma. Lo anterior implica que esta nueva cultura, o por lo menos los elementos que se incluyen en una estructura anterior, forman un todo coherente.

Por otro lado el concepto de "hibridación" propuesto por García Canclini para el caso de la cultura urbana actual, se entiende como

el resultado de cruces en que lo tradicional y lo moderno se mezclan. Estos cruces conducen a la reconversión económica y simbólica de los distintos sectores y grupos. La rapidez con que ocurren los cambios no permite la conformación de nuevas estructuras creando más bien fragmentos de unas y otras. Los procesos de sincretismo e hibridación no son excluyentes; pueden coexistir como de hecho lo hacen en la ciudad de Bogotá. El autor mencionado plantea respecto a los grupos hegemónicos y subalternos que éstos no se separan ya en torno a lo propio y lo importado o a lo tradicional y lo moderno, sino como adhesión diferencial a subsistemas culturales con diversa complejidad y capacidad de información.

Es necesario, sin embargo, considerar esas heterogeneidades ya sea como proceso de hibridación o como sincretismo, en la cultura de las clases subalternas, portadoras de valores diferentes a los de la cultura hegemónica puesto que en muchas ocasiones juegan un papel contestatario en el sentido de que es otra, a veces de manera consciente y explícita y otras de forma inconsciente e implícita, aunque estén presentes también en ella elementos inmovilizantes. La sola existencia de valores correspondientes a otra cultura muestra los límites de los valores "oficiales" y en este sentido el estudio de la primera es fundamental puesto que cuestiona la universalidad —que es sólo aparente— de las concepciones del mundo y de la vida de la cultura oficial (Lombardi Satriani, 1978, 33).

En el caso de los grupos regionales, como ya se ha planteado, existen diferentes sectores económico-sociales, para los cuales las

anteriores afirmaciones son válidas pero frente al centralismo de la capital, incluso el grupo de estrato más alto puede jugar un papel subalterno.

No existen entre lo hegemónico y lo subalterno solamente relaciones de oposición, sino también relaciones que establecen diferentes ritmos y tensiones. Es dentro de estas tensiones y oposiciones donde se produce y se desarrolla el consumo cultural entendido como la “apropiación colectiva, en relaciones de solidaridad y distinción con otros, de bienes que dan satisfacciones biológicas y simbólicas, que sirven para enviar y recibir mensajes” (García Canclini, 1995, 53).

La participación social en el consumo de cultura se da dentro de las posibilidades y marcos culturales que poseen los grupos y las personas.

El análisis de la participación puede ser abordado desde el lugar que ella ocupa en los marcos discursivos (los conceptos o representaciones, las ideologías, las políticas), pero también en su dimensión social de lo cotidiano (lo práctico), allí donde se ejerce el poder de unos sobre otros.

Si entendemos el problema de la cultura como un tejido de significados socialmente compartidos, el consumo de cultura es de por sí una forma de participación. Sin embargo, esta participación no es homogénea en todos los grupos sociales, sino que depende de las distintas lecturas o significados que el grupo otorgue al producto. Esta apropiación diferenciada del producto en lo que al significado y a su uso se refiere, evidencia las distintas maneras de participar y la construcción o no de identidades.

BOGOTÁ Y SUS HABITANTES

Dentro del marco anterior diseñamos los instrumentos de recolección de la información y en este proceso se construyeron tres tipos de instrumentos: el primero como una entrevista cerrada en donde además de consignar los datos sociodemográficos de los informantes se realizó una serie de preguntas cerradas, aunque muchas de ellas dieron la posibilidad de expresar opiniones que fueron consignadas por las investigadoras.

La información recolectada dio la posibilidad de discutir y diseñar un guía de entrevista abierta, que diera oportunidad al entrevistado de una mayor participación y permitiera al entrevistador profundizar en distintos aspectos que dentro de la entrevista considerara relevantes. Como una forma de constatar, discutir y profundizar la información recolectada se elaboró una guía para la realización de varios talleres con diferentes grupos regionales.

Desde la perspectiva teórica con la que se trabajó y con la información recolectada asumimos las categorías para ordenar y analizar esta última. Este análisis condujo a dos niveles diferentes en términos de los resultados. El primero de ellos obedece al análisis de la información concreta y el segundo a preguntas o “hipótesis” que deberían ser resueltas en próximas investigaciones y que no se exponen aquí por razones de espacio.

### **Construcción simbólica de Bogotá**

Es importante aquí aclarar que la construcción de la ciudad implica necesariamente la construcción del sujeto que, en un proceso de constitución de sí mismo, la construye y

*territorios 7*

<sup>1</sup> Siguiendo a Durand, Silva plantea que existen dos maneras de representar el mundo; una directa que aparece o parece presentarse ante el espíritu, esto es la percepción o sensación, y una manera indirecta en la cual la cosa no se puede presentar tal como es a la sensibilidad, caso en el cual la cosa se representa en la conciencia mediante una imagen en el sentido amplio del término. De esta manera se llega a la imaginación simbólica, cuando el significado no se puede presentar con una cosa o palabra específica o con una sola descripción. Se presenta como muchos sentidos. Ricoeur plantea que "el símbolo se da en las expresiones de doble o múltiple sentido. Los símbolos se expresan en signos pero su valor los excede" (Silva 1992, 85-89).

territorios 7

74

que, por lo tanto, ambas ciudad y sujeto se "hacen" como parte un mismo movimiento. La construcción de imaginarios y representaciones sobre Bogotá aun cuando de distinto orden, son dos momentos de un mismo proceso de creación simbólica<sup>1</sup>. Para el proceso de construcción de la ciudad son necesarios elementos tanto físicos como simbólicos. Así, los siguientes apartes y categorías están absolutamente relacionados entre sí y nos dan cuenta de esta construcción. Éstos se han separado con el fin de facilitar la exposición.

#### • Inserción y apropiación

La relación que establecen y la forma en que se insertan y se ubican las personas provenientes de las diferentes regiones en Bogotá, no depende tanto de su proveniencia (región), como de las condiciones sociales, económicas y culturales de su vida previa a la de ahora en Bogotá; obviamente, el nivel académico, que hace parte de estas condiciones, es fundamental debido a lo que éste implica en términos simbólicos. Es de recalcar esta condición económica social y cultural previa no sólo para insertarse y ubicarse, sino desde el momento mismo en que se decide venir a Bogotá.

La información obtenida sobre este aspecto nos mostró que quienes tenían un nivel de vida alto llegaron a Bogotá para mantenerlo y superarlo muchas veces, en términos culturales y/ o académicos. Quienes no gozaban de bienestar económico tampoco lo han conseguido en su gran mayoría. Esta procedencia es rural o urbana incluyendo para

nuestro caso ciudades grandes como Barranquilla.

Para el caso que nos ocupa se entiende la inserción en el sentido social y la ubicación en el sentido espacial.

El lugar de origen, entendido como ciudad, pueblo o sector rural, marca la relación con la ciudad de Bogotá, inserción y ubicación, dependiendo de los procesos de urbanización sociológica, que han sufrido estos lugares, en el sentido en que lo plantea Jaramillo (1988, 105-112). Es decir, la manera como han cambiado los hábitos, conductas y valores, o en otras palabras la visión del mundo en todas las zonas del país, con énfasis en el sector rural, a través de la industrialización, pero especialmente debido a los medios de comunicación, y en los últimos años al comercio. Esta urbanización sociológica se da a partir de la década del sesenta. Hoy, con el proceso de globalización ésta es mucho más acentuada y su influencia en la cultura es de vital importancia.

A pesar de que la imagen previa que se tiene de Bogotá es compartida por los distintos grupos y personas entrevistadas, "la gran ciudad", "una metrópoli", "grande", "de puertas abiertas", "llena de oportunidades", "un sitio donde se consigue todo", una ciudad de deseos y de sueños; también, ajena, incierta, desconocida, retardora y amenazante, el grado de urbanización sociológica del lugar de origen, hace una diferencia en lo referente a la cantidad de elementos simbólicos para establecer la relación con la ciudad. A este respecto, los medios de comunicación, especialmente la televisión, tienen un papel preponderante.

L. CALLEJAS, C. MARIÑO, D. RIVERA

Si bien es cierto que las personas tienen una imagen de Bogotá antes de conocerla, también lo es que ésta no deja de ser eso, una imagen, vaga y sin referentes concretos.

Una cosa es ver a Bogotá por televisión, otra es vivirla; una cosa es el imaginario y otra, la representación social. Es importante recordar como las personas llegan buscando un trabajo, casi siempre en términos de empleo, con una estabilidad laboral y salarial, aunque la mayoría de las veces lo que encuentra es un trabajo en el sentido de “algo que hacer” para subsistir. Este tipo de trabajo de todas maneras es una oportunidad que no existe en su lugar de origen. Lo anterior tiene como consecuencia su inserción en el sector informal de la economía.

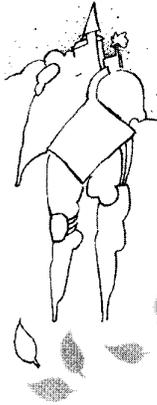
Las personas que llegan a Bogotá se insertan y ubican, inicialmente, de acuerdo con las condiciones personales y particulares del lugar de origen. Conseguir trabajo/ empleo, un lugar donde vivir o iniciar los estudios, implica el inicio de la concreción de esta inserción y ubicación y, por lo tanto, comenzar a recorrer y a nombrar la ciudad en el sentido en que lo plantea Silva.

Efectivamente Bogotá “es grande, las personas se pierden en ella, inicialmente, cuando no la conocen”. Más tarde aprenden a ubicarse en sus espacios, que son por los que regularmente transitan para ir al trabajo, a la casa o a los sitios donde se divierten. La mayoría de las personas contactadas se ubica por direcciones, pero se utiliza a Monserrate, los cerros, la autopista sur y norte, otras grandes avenidas, edificaciones y centros comerciales como referentes.

Así, las personas van conociendo, penetrando, construyendo en la medida en que aportan, y construyéndose como sujetos de la ciudad; es decir, van tomando referentes, significando la ciudad y representándose. En la medida en que lo hacen, más clara aparece Bogotá en su complejidad y sus contradicciones. Los sueños de los que tienen se ven amenazados por los que no tienen y, por lo tanto, no pueden seguir soñando.

Este tránsito del imaginario a la representación social, confronta a los nuevos habitantes de la ciudad con una alteración significativa de la imagen de sus expectativas, respecto a Bogotá antes de conocerla, y la posibilidad de satisfacerlas en realidad. A pesar de esto Bogotá era y sigue siendo “la ciudad de las oportunidades”, significa la posibilidad de mejores condiciones de vida. Lo anterior es válido para todos los grupos regionales y para todos los niveles socioeconómicos. El reto entonces no sólo es conseguir un trabajo o vivienda, entrar a la universidad, sino aprender a vivir en un mundo simbólicamente muy rico, complejo y contradictorio; esto equivale a la apropiación de la ciudad por parte de este nuevo ciudadano y a la sujeción a ella. Es un reto que el bogotano no enfrenta conscientemente, aunque los bogotanos viejos perciben el cambio de la ciudad con nostalgia y algunas veces con miedo. Para unos pocos vivir en Bogotá es una fatalidad, viven aquí porque aquí nacieron, aquí está su familia y aquí les tocó vivir.

A pesar de las quejas de bogotanos y no bogotanos, la mayoría coincide en querer vivir en esta ciudad, acomodarse y ajustarse a las



dinámicas de la ciudad, a pesar de que para muchos los sueños se hayan diluido o desaparecido.

Los distintos grupos regionales, según lo detectado en la información, comienzan a acomodarse a partir de lo coterráneos que viven en Bogotá, pero lentamente se van alejando de los mismos. También aquí hay una diferencia respecto a los costeños, especialmente los de estratos socioeconómicos bajos y medios. Este grupo se mantiene muy unido, vive en barrios determinados y se buscan todo el tiempo. Su música, bailes, comidas y formas de hablar y gritar son ampliamente reconocidas no sólo por los bogotanos sino también por los otros grupos regionales. “Nosotros no sólo llegamos con otras personas sino a donde otras personas de nuestra tierra y nos traemos todo nuestro paisaje al hombro”, comenta una de las personas entrevistadas haciendo referencia además a los muebles, los adornos de las casas, etc.

#### • Un sujeto de ciudad

Apropiarse de la ciudad implica más allá de conseguir un trabajo, una vivienda, aprehender, identificar, reconocer, ver y construir un mundo simbólico que le permita identificar-se, reconocer-se y mirar-se o verse como un sujeto de la gran ciudad, de la metrópoli.

La persona que llega a Bogotá de procedencia urbana o rural, ya se ha dicho, trae un imaginario de ésta y una representación de su lugar de procedencia, ciudad, pueblo o vereda, es decir, porta y comporta simbóli-

camente su territorio. Con ello enfrenta un mundo distinto que lentamente se va apropiando a través de lo antes descrito. Llegar a este mundo distinto significa comenzar a mirar al “otro”, ese otro que implica el sujeto de la ciudad; pero ello también es iniciar una mirada de sí mismo, a través del otro, este recién llegado se reconoce como campesino, calentano, pueblerino o provinciano, al comienzo. La ciudad y el sujeto urbano dan la posibilidad de ver-se, de reconocer-se y de ver y reconocer la ciudad y desde ella su región. La información recogida muestra que incluso las personas de estratos altos se reconocían como diferentes “no se sabían mover en las reuniones sociales”, “aquí se es un desconocido”. Para otros estratos verse y sentirse como pueblerino implicaba un sentimiento de inferioridad frente al común de las personas en la calle. “Yo me vestía como de pueblo, no sabía para dónde iban los buses, era terrible...”.

Este autorreconocimiento inicial es el “paso previo” al de la apropiación. Una vez la persona se reconoce a sí misma como diferente está en disposición de aprehender la ciudad, de manejarla y entenderla, como se dijo, en sus contradicciones y su complejidad. Ya no es sólo la gran ciudad con todas sus oportunidades, sino la ciudad dura, donde adentrarse en ella y vivirla supone un esfuerzo grande, pero que para la mayoría de las personas es importante y de una u otra manera vale la pena.

Este aprehender la ciudad, que equivale a apropiársela, en términos del concepto de cultura que se ha planteado arriba, le implica a este inmigrante hacerse a unos nuevos

saberes –formas de decir y de ver–, desde los cuales interpretar sus nuevas experiencias, para de esta manera generar su, también nuevo y apropiado, comportamiento social en la ciudad.

A pesar de que los habitantes de Bogotá que no han nacido en ella piensan que Bogotá es ruidosa, caótica, con congestión de tráfico, “trancón” permanente, poco solidaria, peligrosa y estresante, y en contraposición su lugar natal es tranquilo, con aire puro, donde la gente se conoce y por lo tanto se ayuda, éste se comienza a convertir en monótono y aburrido. Los elementos simbólicos que las personas adquieren en la ciudad hacen que desde ellos se vuelva a mirar la región con otros ojos. La ciudad significa la falta de tiempo, el agite, la rapidez, el ruido, el consumo a todos los niveles y dentro de él, lo efímero, lo siempre cambiante. Esto implica las presiones permanentes que hacen que las personas estén siempre activas y “con la mente ocupada”. El campo, el pueblo y las ciudades pequeñas, comienzan a significar la monotonía, lo silencioso, lo lento, lo casi estático, el “siempre lo mismo”. Es en esa medida que la mayoría de las personas plantea que no quiere regresar porque a pesar de todo la vida en la gran ciudad es mejor, con mayores oportunidades en todos los sentidos, lo que incluye: trabajo, estudio (nuevas posibilidades signo-simbólicas), diversión, consumo material y simbólico, ropa, cines, comida y en fin la oferta de toda clase de productos. El consumo material es también simbólico. En la ciudad se vive con esperanzas e ilusiones, se cumplan o no, en el campo estas ilusiones ya no existen. Esto es así incluso para las personas entrevistadas

BOGOTÁ Y SUS HABITANTES

de los estratos más bajos, con muy pocas excepciones. Para los bogotanos haber vivido siempre en Bogotá significa el acceso permanente a este mundo simbólico al que difícilmente se renuncia, si bien el imaginario les muestra un mundo más tranquilo más sano, fuera de la ciudad, es también un mundo carente de la riqueza y complejidad cultural de la metrópoli y sus posibilidades.

Lo anterior tiene que ver con la idea de progreso, necesariamente ligada a la de oportunidades.

La apropiación de la ciudad se realiza a partir de los modos de inserción y de ubicación en el espacio de la ciudad. Así, las personas que viven en el sur y trabajan en el sur, tienen como referente el sur. Los que viven y trabajan en el norte, lo tienen como referente. Pero esto va mucho más allá. Muchas personas viven en el sur y trabajan en el norte. Dependiendo de donde transcurre su vida en la mayor parte del tiempo y de las relaciones que desarrollan sus imaginarios y representaciones se construyen de manera distinta para uno u otro sector.

La ciudad está dividida en el norte, el sur y el centro, para todas las personas éste es el principal referente. Tanto para los habitantes del sur como del norte el centro es importante en la medida en que allí se encuentran las oficinas de la administración pública y tienen su sede las instituciones oficiales en general; pero además porque para los bogotanos adultos el centro fue el lugar alrededor del cual giraba la vida en la ciudad. El centro sin embargo se ha ido convirtiendo para los del norte en un sitio que no se frecuenta y que, en términos sociales y de imaginarios, se homologa al sur.

*territorios 7*

En general, el sur tiene una connotación de pobreza, bajos estratos socioeconómicos y peligrosidad; el color del sur es amarillo o gris. El norte en cambio tiene la connotación de riqueza, altos estratos socioeconómicos y mayor tranquilidad en términos de robos, atracos, etc., es decir, de menor violencia; su color es verde. La gente del norte es “más educada, tiene más cultura”. Esto incluso fue una apreciación de personas que viven en el sur pero trabajan en el norte y de las personas que viven en barrios pobres en el norte. Vale la pena recordar respuestas como: “... en el norte ustedes se mueren solos, en el sur no llegamos a los 30”. El imaginario y las representaciones sobre la ciudad se construyen sectorizando la ciudad. Existen imaginarios y representaciones sobre la ciudad en general como se ha descrito antes, pero fundamentalmente las representaciones se construyen a través de las experiencias de vida en sectores definidos, así como los imaginarios. Para las personas cuyo referente es el sur, la representación sobre el mismo está dada sobre la base de las condiciones concretas que vive, éste puede ser peligroso, pero también hay gente solidaria, se compra más barato, etc., y el imaginario que se construye sobre el norte es el de la abundancia, los ricos de la ciudad, la mayor facilidad para vivir en Bogotá, “casi nunca se ve la pobreza de los barrios de estratos inferiores en el norte”. Los del norte tienen una representación del mismo como mejor que el sur, más rico evidentemente, pero también peligroso y con una serie de inconvenientes que los del sur en su imaginario no ven. El sur como ima-

ginario de los habitantes del norte parece no tener nada bueno, es peligroso, feo, pobre. Aunque la gran sectorización de la ciudad está dada básicamente por el norte y el sur, al interior de ésta se dan muchas más, por zonas y por barrios y así las representaciones y los imaginarios se construyen de acuerdo con estas divisiones. Para todos los habitantes de Bogotá, Ciudad Bolívar es la zona más peligrosa de la ciudad. Sin embargo las personas pertenecientes a ella difieren mucho en las consideraciones sobre la misma. Ciudad Bolívar está dividida en muchos barrios y según se viva en uno u otro las opiniones varían. Para algunos es muy peligrosa y sólo se vive allí “porque toca”, para otros en cambio, especialmente quienes han participado en la construcción del barrio, aunque sí hay problema de pandillas, etc., la gente es buena, solidaria, “gente común y corriente que sufre, pero que también goza, sin ser criminales”. Estas opiniones aparecen también con respecto a barrios como El Codito o Cerro Norte, al norte de Bogotá. Vale la pena recordar que los grupos se ubican de acuerdo con sus condiciones socioeconómicas en la ciudad. Existen grupos de personas que provienen de la misma región y se ubican en el mismo barrio. Allí se conocen como coterráneos pero aprenden a conocerse como habitantes de un barrio de Bogotá. Los costeños, como ya se había mencionado, son quizá los que más se conservan como grupos. Los imaginarios y las representaciones descritas son válidas tanto para bogotanos como para no bogotanos. Muchos bogotanos que viven en el norte apenas conocen el sur y

viceversa y en este aspecto se comportan lo mismo que quienes vienen de fuera de Bogotá y se ubican en una zona o en otra.

Estos imaginarios y representaciones permiten intervenir en la realidad de distintas maneras, ésta misma posibilita su construcción, es lo que entonces entendemos como apropiación.

“Hay una compleja pluralidad de creaciones sociales en la urdimbre que no es un sistema, sino más bien se debe pensar como magma, en una acepción que a este término le da Cornelius Castoriadis, o sea, un modo de coexistencia *sui generis* con una “organización” que contiene fragmentos de múltiples organizaciones lógicas, que no es reducible a una organización lógica: la ciudad es una institución imaginaria. El magma es en cierto sentido un precipitado histórico-social, producto de nuestra autoalteración colectiva a través de los procesos de la creación. Ningún individuo vive una ciudad que le sea contemporánea. En toda ciudad, como en muchos hechos sociales, coexisten acciones físicas correspondientes a diferentes momentos históricos contruidos por diversos grupos sociales. Así el espacio percibido por cada uno de nosotros está necesariamente teñido por el aprendizaje cultural a que ha sido sometido el proceso complejo de socialización, el cual se juega en y por el proceso de significación. La ciudad se puede pensar como un magma de significaciones imaginarias sociales que le dan sentido a la vida individual y colectiva en el mundo contemporáneo” (Cuervo, 1997, 7).

#### • La identidad

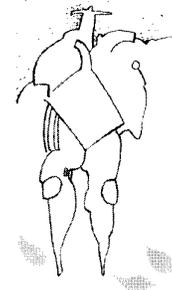
Es pertinente aclarar que la identidad, bogotana, barranquillera, etc., y construir una identidad, identificar-se con algo, en el presente caso, la ciudad de Bogotá, son dos representaciones sociales diferentes y producto de procesos distintos.

Anterior a la globalización era menos difícil hablar de identidades nacionales, regionales o locales, con ella pierden importancia los acontecimientos fundadores. Colombia podía ser entendida como un país de regiones, delimitadas muy claramente por fronteras naturales con culturas relativamente homogéneas y diferenciables.

La globalización ha implicado nuevas formas de identidad; a las que nuestro país no ha sido ajeno como se evidencia a lo largo de estas páginas.

Para el grupo de investigadoras apareció claro el hecho de que una identidad, entendida como la posibilidad de caracterizar un grupo con una cultura relativamente homogénea, existe en la medida en que sean menos los elementos a partir de los cuales ésta se construye, y similares su imaginario y representación social. Lo anterior se suma a un territorio compartido. Así, es más fácil tener identidad de la Vereda la Tabla, que de Chaguaní, y de Chaguaní que de Cundinamarca.

En la medida en que el consumo, especialmente a través de los medios masivos de comunicación, particularmente de la televisión, penetra la vida cotidiana, las identidades dejan de ser homogéneas entre los gru-



pos humanos y empiezan a diferenciarse según sea el acceso a bienes y servicios.

Las personas que llegan de fuera de Bogotá a habitar la ciudad, traen sus propias identidades. Como se vio en el análisis de la información, estas identidades, en general conscientemente, se hacen a un lado para no aparecer como pueblerino, calentano o “incivilizado”, pero además porque se empiezan a usar, decir y hacer cosas nuevas, que las nuevas condiciones en la ciudad imponen. La región se comporta simbólicamente, y el lugar de origen sólo se manifiesta en Bogotá, generalmente, mediante la preparación y consumo de comidas típicas y la realización de eventos o fiestas para conmemorar una fecha importante, ser solidario con la región pero desde la ciudad, etc. En términos regionales, la adquisición de la condición de ciudadano da *status*.

Con el proceso de aprendizaje de lo que se dice, se hace y se usa en la ciudad, sumado a su reconocimiento espacial y al desarrollo de unas actividades económicas o académicas cotidianas, las personas no bogotanas se van insertando socialmente y ubicando espacialmente hasta hacer de la ciudad algo propio. Empiezan a reconocerse en los lugares que frecuentan, en los sitios que recorren, en la gente que conocen y ése, el nuevo habitante de Bogotá, se construye como sujeto de la ciudad y crea unos mecanismos de identidad con la misma, se identifica con y en ella, pero especialmente con grupos de habitantes, con los cuales construye maneras de compartir simbólicamente y que no corresponden a los grupos regionales necesariamente.

La identidad y la pertenencia, en este caso a Bogotá, muestran la emergencia de nuevos mecanismos de autoidentidad que son modelados por las instituciones que se desarrollan en ella y que no existen muchas veces en las localidades. Esas instituciones abren espacios a la organización de nuevas relaciones sociales, éstas implican entre otras cambios en el papel que desempeñan hombres y mujeres que llegan a vivir a Bogotá. Juntos y cuando son pareja, simultáneamente, tienen que construir y aprender ese nuevo papel, esa novedad en su identidad de género, que les implica la vida en la ciudad. Según Berger y Luckman (1986, 95 a 104), estos roles se aprenden mediante la acumulación de hechos típicos del rol (que en Bogotá, y de acuerdo con la clase socioeconómica ya están institucionalizados y son diferentes muchas veces incluso a los de ciudades de la provincia), hasta que la persona, como parte de su construcción de sujeto de la ciudad, crea la autoconciencia de su nuevo papel y actúa consecuentemente con el mismo.

Para citar sólo algunos ejemplos de la información recogida, varias de las mujeres de estratos socioeconómicos bajos manifestaron una gran diferencia en cuanto a su desempeño como madre y como esposa, al llegar a Bogotá. En su lugar de origen tenían trabajo en la casa o muy cerca de ella, lo que les permitía hacer las labores domésticas y atender en esa medida a los niños y a su marido. En Bogotá trabajan lejos, lo que implica ausencia del hogar todo el día y repartir tareas entre los miembros de la familia... pero además tener un reconocimiento social y legal como, por ejemplo, pertenecer a una EPS es

no sólo ser un(a) trabajador(a) reconocido (a) como tal sino además representarse como tal con un papel social, económico y cultural distinto al que en muchos casos se traía. Otros nuevos roles tienen un significado dentro de la interacción social. Se crean unas expectativas específicas de los *alter*; así, los dueños de la pieza o apartamento donde se vive, el jefe en el trabajo o empleo, la “señora” de la casa, los vecinos, etc., saben qué pueden o no esperar de ese recién llegado. Si está cumpliendo bien su papel, si ya se identificó con la ciudad y lo que tiene que hacer, decir y usar, los *alter* van aceptándolo y aceptando que sabe cómo comportarse de acuerdo con las circunstancias.

Existe entonces un conocimiento compartido por todos los habitantes de la ciudad, como es la reacción de impaciencia ante un “trancón”, o los comportamientos que se esperan de las personas y grupos, como los vecinos o los compañeros de trabajo (dejar la casa limpia, “echar ojo para que no se entren los ladrones”, no fumar dentro de las oficinas, o no sentarse a la mesa con los señores de la casa). Este conocimiento compartido no sólo permite saber cómo se tipifican los roles, sino saber que se conocen. Entre dos habitantes de la ciudad, preferiblemente de la misma clase socioeconómica, cada uno sabe su rol y el del otro, y ambos saben que lo saben. El significado de lo que se usa, se hace y se dice es igual para todos, hay una distribución social del conocimiento, según el grupo social al que se pertenece.

En la interacción de funciones se ve refleja la normatividad social en cuanto a valo-

res y límites se refiere. Mediante la realización de actos cotidianos se adquiere este conocimiento.

“El individuo en virtud de los roles que desempeña, tiene que penetrar en zonas específicas de conocimiento socialmente objetivado, no sólo en el sentido cognoscitivo más restringido, sino también en el del conocimiento de normas, valores y aun emociones” (*ibidem*, 101).

Para los habitantes de Bogotá, sean o no bogotanos, hay una identidad general y vaga con la ciudad en la medida en que, de distinta manera, se comparten imaginarios y representaciones sociales en lo referente –y por encima de cualquier otra cosa– al “trancón”, la inseguridad, la corrupción, la violencia, el caos, los malos servicios y otras cuestiones que afectan por igual a todos los habitantes de la capital y que conducen a compartir también normas, valores y emociones.

A partir de ahí, imaginarios y representaciones están basados en el tipo de relación que cada persona tiene con la ciudad y con los otros, y que, como se mencionó anteriormente, a su vez está determinada por el acceso al consumo de bienes y servicios. Escuetamente hablando, las identidades en la ciudad equivalen a las clases socioeconómicas. Aunque antes se ha utilizado el término estrato, preferimos definitivamente el de clase social debido a que éste hace más referencia al tipo de cultura de las personas y tiene un contenido social diferente. El término clase social no sólo se ve referido el estrato sino también a las condiciones de vida, el tipo de trabajo, el nivel académico, la formación y maneras

territorios 7

sociales, los colegios y universidades donde estudian los hijos y, sobre todas las cosas, la manera de construir cultura y dentro de la misma, identidad.

En Bogotá hay un acceso tan desigual a los bienes y los servicios que se crean identidades diferentes. Las personas se van identificando con su sector y desde luego de acuerdo con el significado que éste adquiere en todos los sentidos. A pesar de que el bogotano se identifica más claramente con su sector, construye un imaginario sobre la ciudad. Ser bogotano es ser de todas y de ninguna parte, es no ser diferenciable, saber reaccionar “apropiadamente, ante cualquier situación o eventualidad, es decir, ser universal. Parte de ser universal es introyectar el consumo de lo efímero y de lo *light* como algo “natural”.

En Bogotá no existe una identidad común a los bogotanos, fuera de aquella vaga que se nombró. Hay tantas identidades como formas de consumo, formas de compartir simbólicamente; sin embargo, la imagen del bogotano, es la imagen del bogotano de la alta clase social “el señor de gabardina, sombrero, corbata y paraguas” y la mujer “de sastrer oscuro”; además son las personas “distinguidas” “de buenas maneras” y “muy cultas” con un sentido del humor muy especial. Éste es el bogotano al que todos se quisieran parecer. De alguna manera esta representación estuvo siempre en la información recogida.

Con lo dicho hasta aquí se entiende cómo la universalización y las particularidades regionales se empiezan a concebir como contradictorias algunas veces y como complementarias otras.

La mayor parte de las situaciones de interculturalidad se configura hoy no sólo por las diferencias entre las culturas separadamente, sino por las maneras desiguales en que los grupos se apropian de elementos de varias sociedades, los combinan y los transforman. La circulación cada vez más libre y frecuente de personas, capitales y mensajes nos relaciona en la cotidianidad con muchas culturas, por lo cual nuestra identidad no puede definirse ya por la pertenencia exclusiva ni siquiera a una comunidad nacional. El objeto deja de ser entonces la diferencia, para pasar a ser la hibridación. “Hoy la identidad, en esta época de globalización, aún en amplios sectores populares, es políglota, multiétnica, hecha con elementos cruzados de varias culturas” (Canclini, 1995, 109). La identidad aparece, en la actual concepción de las ciencias sociales, no como esencia intemporal sino construcción imaginaria. La globalización disminuye la importancia de los acontecimientos fundadores y los territorios que sostenían la ilusión de identidades ahistóricas y ensimismadas, en los términos de los fundamentalistas. Los referentes identitarios se forman ahora con repertorios textuales iconográficos que proveen los medios electrónicos de comunicación y la globalización de la vida urbana.

- **El consumo y el sujeto urbano**

La apropiación de la ciudad se entiende entonces como un proceso simbólico ligado a la globalización y por lo tanto al consumo, entendido como consumo cultural.

L. CALLEJAS, C. MARIÑO, D. RIVERA

Globalización y consumo no implican, sin embargo, que la identidad y la historia, incluso las identidades locales y nacionales, no quepan ya en las industrias culturales con exigencias de alto rendimiento financiero, Ortiz, citado por García Canclini (1995, 113) plantea que el mundo es un mercado diferenciado constituido por capas afines y que no se trata de producir o vender artefactos para todos sino promoverlos globalmente en grupos específicos. Por esto Ortiz sugiere abandonar el término homogeneización para hablar de “nivelación cultural” para “aprehender el proceso de convergencia de hábitos culturales, pero preservando las diferencias entre los niveles de vida”.

Dentro de la globalización la ciudad adquiere una nueva significación en la medida en que se convierte en un elemento del mercado internacional y en núcleo de redes mundiales económicas, financieras y comunicacionales. La ciudad entonces pierde territorialidad y se convierte en una ciudad globalizada, pensada por muchos como una totalidad en medio de la desintegración que vive. Los habitantes de la ciudad se identifican más con el barrio o con un entorno más pequeño ante la dificultad de asumirse como miembros de un conjunto imposible de abarcar. Es decir, construyen sus representaciones en torno a segmentos de la ciudad, lo cual no implica que no tengan un imaginario sobre otros segmentos y sobre la totalidad. La diferenciación tajante entre el norte y el sur de la que se ha hablado dentro de la apropiación es un ejemplo importante. Los procesos de tensión y conciliación tienen una nueva configuración que se da entre la globalización y la multiculturalidad.

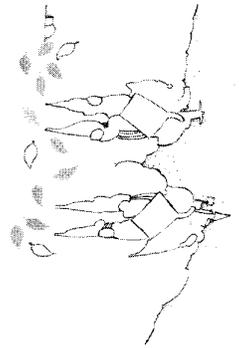
BOGOTÁ Y SUS HABITANTES

La identidad es un relato que reconstruimos incesantemente, con los otros, por ello la identidad es coproducción, pero una coproducción que se realiza en condiciones desiguales entre los variados actores y poderes que intervienen en ella (García Canclini, 1995, 114).

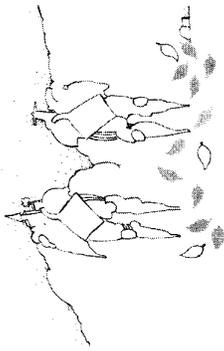
Algunos de los elementos “originarios” o propios de la cultura de la que proceden permanecen dentro de la creación de una nueva cultura. Como se vio en el análisis de la información, de los grupos objeto de este trabajo, son los costeños en los que más fácilmente detectamos esta situación aun cuando no puede decirse que en los otros no se dé. Por lo tanto, la identidad y el proceso de pensarse en un nuevo espacio requieren de una coherencia entre la narración biográfica y el contexto de múltiples posibilidades filtradas a través de sistemas simbólicos. Tanto para el nativo de la ciudad, como para el inmigrante, la vida cotidiana se reconstituye en una interacción dialéctica entre lo global y lo local, los individuos se ven obligados a negociar estilos de vida entre una diversidad de opciones o su incapacidad para acceder a éstas.

Los grupos humanos habitantes de la ciudad que tienen distintos asentamientos culturales coinciden en la necesidad de creer en la vida cotidiana, la cual realizan a través de interpretaciones simbólicas de sus interrogantes existenciales.

Los símbolos son compartidos por los habitantes de la ciudad en el sentido de entenderlos como símbolos que diferencian. Es cierto que en la ciudad el consumo, el decir, usar y hacer, se presentan como algo que tien-



*territorios 7*



territorios 7

84

de a homogeneizar, esta tendencia sin embargo es sólo eso, puesto que la calidad no es la misma. Los objetos que se compran, juguetes, muebles, ropa pueden obedecer a una moda, pero su calidad no es igual. El lenguaje utilizado en la ciudad no es el mismo que se utilizaba en el campo, pero como se ha señalado, en la ciudad, la amplitud de la información, la visión del mundo y la capacidad de abstracción tampoco lo son, para todos los grupos sociales. La carga simbólica de los objetos a los que tienen acceso los diferentes estratos marca diferencias importantes. En el análisis de lo que la gente usa, se veía la importancia de determinados objetos decorativos, los cuales tienen muchos sentidos, son más abstractos y más complejos, en las clases altas. En los estratos más bajos las cosas se dicen de manera más directa. A pesar de lo anterior las personas que no tienen acceso a estos "objetos" de las clases altas, comparten no el significado que pueden tener para quien los posee, pero sí el de que es un signo de su diferencia. Una serie de elementos se vuelve elementos de distinción o discriminación en tanto otros sectores de la misma sociedad se interesan en ellos y entienden de alguna manera su significado. Es a esto a lo que se ha denominado la racionalidad consumidora.

Existe una lógica en la construcción de los signos de *status* y en las maneras de comunicarlos. Buena parte de la racionalidad de las relaciones sociales se construye más que en la lucha por los medios de producción y la satisfacción de necesidades materiales, en la que se efectúa para apropiarse de los medios de distinción simbólica. La lógica que rige

la apropiación de los bienes en tanto objetos de distinción no es la de la satisfacción de necesidades, sino la de la escasez de esos bienes y la imposibilidad de que otros los tengan.

Puede recalcarse aquí lo dicho anteriormente, que el consumo no es la posesión individual de objetos aislados sino la apropiación colectiva, en relaciones de solidaridad y distinción de otros, de bienes que dan satisfacciones biológicas y simbólicas, que sirven para enviar y recibir mensajes; y que, el consumo no sólo sirve para dividir. Los miembros de una sociedad comparten los sentidos de los bienes. Si éstos sólo fueran comprensibles para una élite, o un grupo social que los usa, no servirían como instrumentos de diferenciación.

Todo lo anterior implica que el consumo construye parte de la racionalidad integrativa y comunicativa de una sociedad.

"Consumir es hacer inteligible un mundo donde lo sólido se evapora. Por eso, además de ser útiles para expandir el mercado y reproducir la fuerza de trabajo, para distinguirnos de los demás y comunicarnos con ellos, las mercancías sirven para pensar (Mary Douglas, citada por García Canclini, *idem*).

- **El pensamiento, las representaciones y los imaginarios en la construcción de ciudad**

Se ha planteado ya cómo consumir es una manera de pensar, de construir sistemas simbólicos. En una ciudad como Bogotá la gente cuenta entonces con una nueva posibilidad

L. CALLEJAS, C. MARIÑO, D. RIVERA

de comunicación, puesto que la ciudad es precisamente el "lugar" del consumo por excelencia.

Igualmente se ha planteado que en la ciudad el espacio y el tiempo han cambiado, son otros. La ciudad es muy grande, las distancias igualmente, éstas sin embargo se acortan por las comunicaciones, pero no sólo en la ciudad sino en el mundo entero, lo cual se percibe más fácilmente en la gran ciudad, a través de todos los medios disponibles, televisión, TV cable, parabólica, Internet, teléfono, periódicos, revistas, etc.

El tiempo en la ciudad se acorta y el movimiento es muy rápido, las cosas no duran, "son efímeras". Aunque el tiempo se acorta por la rapidez con que se vive y porque las distancias son mucho mayores, el día sin embargo es más largo, "comienza antes y termina después". Las actividades que se realizan son innumerables.

En Bogotá se entremezclan los procesos de la sobremodernidad que Auge (1996) describe como no lugares, como una figura de exceso en tiempo y espacio, la idea de progreso casi desaparece, el pasado deja de tener importancia o por lo menos no la tiene como antes, el mundo se achica en los términos mencionados de transporte o comunicaciones.

El dinero es en la ciudad de vital importancia, todo se mueve a través de éste. En el campo el dinero es obviamente importante en este momento, pero hay muchas actividades cotidianas que se pueden realizar sin él. El desplazamiento de un lugar a otro no implica necesariamente dinero, la gente camina, va en bicicleta, en burro o a caballo.

El movimiento que en el campo es más lento no implica el desplazamiento de un lugar a otro de manera permanente. Todo ello significa que el manejo del dinero en el campo es otro.

En relación con lo anterior, es decir, con el manejo del dinero, está el hecho de que en el campo, especialmente en las áreas de minifundio como es el Altiplano Cundiboyacense, y en los pueblos pequeños, el trabajador se reconoce en el producto. En la ciudad esto no ocurre, como no ocurre en otras ciudades del país o en las grandes explotaciones industrializadas y menos hoy en día con la globalización. En el minifundio el campesino sabe qué produce y cuánto dinero recibe por su producto. En la ciudad se recibe un salario por una tarea pero no sabe cuál es el producto de ella. Ésta es una de las características del capitalismo cuando el capital industrial era lo preponderante. Hoy cuando este tipo de capital ya no lo es y lo que prima es el capital financiero y comunicacional, las personas no sólo no se reconocen en el producto sino que no reconocen los productos nacionales y extranjeros. Esto ya no tiene importancia.

La ciudad implica no sólo el manejo de dinero sino además de otro tipo de papeles que en el campo y los pueblos no se dan con tanta frecuencia como es el caso del dinero plástico, los cheques, las letras y los innumerables papeles y documentos públicos.

El riesgo en la ciudad es casi infinito, la violencia en todos los sentidos: agresividad por parte de los habitantes a todos los niveles, los robos, los atracos, los accidentes de tránsito, los riesgos de ser estafados, los de en-

fermarse, etc. En las pequeñas ciudades, los pueblos y las zonas rurales, éste existe, especialmente con la violencia en la actualidad, pero es menos diverso, es menos difuso, es decir, es más concreto. Se sabe a quién y qué se teme. De una u otra manera se trata de prevenir. “En Colombia hoy en día vivir es un riesgo, en la ciudad aún más”.

La rapidez con que transcurre el tiempo, la aglomeración de la gente, la cantidad y diversidad de productos, los distintos servicios, las diversiones, etc., son un permanente estímulo para las personas, por eso “uno siempre tiene la mente ocupada”.

Estos estímulos hacen parte de la construcción simbólica que se presenta en la ciudad, una ciudad como Bogotá.

El cambio en los roles y la normatividad propia de estos cambios implican necesariamente una serie de alteraciones en el lenguaje y por lo tanto en el pensamiento. Son formas que conllevan diferencias en las relaciones sociales, lo cual necesariamente produce nuevas representaciones e imaginarios.

Todo lo anterior: el consumo, como forma de pensar y de comunicarse y construir; los cambios en el espacio y en el tiempo, que son cambios en las estructuras de pensamiento; el manejo de dinero y otro tipo de papel moneda, que implica una diferencia enorme en términos de un pensamiento abstracto (no hay nada más abstracto que el dinero, éste representa cualquier cosa que se venda o se compre, y todavía más el dinero plástico); la necesidad permanente de documentos para diferentes actividades que tienen que ver con el comercio, en reemplazo de lo que hasta hace no mucho tiempo tenía valor, la palabra; el

no reconocimiento del trabajo en el producto y de los productos nacionales; el riesgo, el cambio de roles, y la estimulación permanente de la gente en la vida cotidiana, incluso en el interior de la casa, puesto que ella ha sido invadida por lo público, son elementos que producen una transformación profunda en las estructuras mentales, en el lenguaje y en el pensamiento, es decir, en la estructura simbólica de las personas y de los grupos sociales.

Desde su llegada a Bogotá, los inmigrantes empiezan a construir estas nuevas estructuras mentales que les permiten desarrollar los instrumentos y herramientas necesarios para moverse (en la acepción más amplia de la palabra) en la ciudad, con un pensamiento cada vez más abstracto para entender las contradicciones y las complejidades. Estas estructuras e instrumentos tienen una relación dialéctica entre sí y posibilitan la transformación de la realidad vivida y apropiada.

Las formas de apropiación muestran precisamente la integración, la diferenciación, construcción y reconstrucción de la ciudad, en una dinámica permanente. Greimas, citado por Silva (1992, 132), propone “concebir al sujeto de la ciudad como sujeto en proceso: sujeto virtual-sujeto actualizado (competencia)”, en el sentido aristotélico del término “sujeto realizado (*performance*)”. El individuo potencial puede, tiene la virtualidad de actualizarse como ciudadano, por poseer competencia para ello.

Si el sujeto, como ciudadano se actualiza como tal, la ciudad es un objeto por construir, vale decir en permanente construcción.

Dicho de otra manera la construcción y reconstrucción de la ciudad implica además la construcción y reconstrucción del sujeto urbano y más allá, del sujeto de y en la ciudad. Se entiende entonces que a partir de lo que la gente trae comienza su proceso de reconstrucción personal o para hablar en términos de Foucault su constitución como sujeto, para este caso como sujeto dentro de un contexto diferente que es el de la ciudad, la gran ciudad. La constitución del sujeto dentro de este nuevo contexto ha conducido a las investigadoras a plantearse esta constitución como especialmente relevante para una nueva investigación. Ella podría permitir comprender de manera integral y más profunda el problema de la globalización en términos de saberes, conocimientos, representaciones, imaginarios), poderes (políticas, tecnologías y dispositivos, y la manera como las personas interiorizan, los saberes y los poderes para constituirse en nuevos sujetos a través de tecnologías y dispositivos específicos.

### Bibliografía

- Auge, Marc., 1996, *Los no lugares. Espacios de anonimato. Una antropología de la Sobremodernidad*. Gedisa, Barcelona.
- , 1996, *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Gedisa.
- Arturo, Julián, compilador, 1994, *Pobladores Urbanos. Ciudades y Espacios*, tomos 1 y 2. TM Editores, ICAN, Colcultura.

- Berger, P. y Thomas Luckmann, 1997, *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido*. Paidós Estudio, Barcelona.
- Cuervo, Luis M. y Josefina González, 1997, *Industria y Ciudades*, Colciencias, CIDER y TM Editores, Santa Fe de Bogotá.
- Foucault, Michel, 1992, *Microfísica del Poder*, La Piqueta.
- García Canclini, Néstor, 1995, *Consumidores y Ciudadanos: conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México.
- , 1990, *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México D.F.
- Geertz, Clifford, 1993, *The Interpretation of Culture*, Harpen Tococho, USA.
- Giddens, A. y otros, 1997, *Las Consecuencias Perversas de la Modernidad*. Antropos.
- Gutiérrez, Francisco, "Hacia una ciudad más humana". *Cosmopolis*.
- Lombardi, Satriani, 1978, *Apropiación y Destrucción de la Cultura de las Clases Subalternas*. LM Nueva Imagen, México.
- Martín-Barbero, Jesús, 1990, "Entre Medios y Miedos". En: *Imágenes y Reflexiones de la Cultura en Colombia-Regiones, Ciudades y violencia*. Foro Nacional para, con, por, sobre, de Cultura, Colcultura, Bogotá.
- Silva, Armando, 1992, *Imaginarios Urbanos*. TM Editores, Bogotá.
- Spradley, James, 1979, *The Ethnographic Interview*. Holt, Reinehart and Watson, USA.